

CORRIENTES DE PENSAMIENTO DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS. PERSPECTIVAS A FUTURO

American Foreign Traditions and Future Perspectives

MATÍAS GASAVE¹

Resumen: Las ideas han tenido un rol fundamental en la formulación de la política exterior en Estados Unidos. Éstas tienen una visión sobre el mundo, la naturaleza humana, el sistema internacional y sobre qué estrategias tomar para promover los intereses y la seguridad de Estados Unidos. Tomando como base las corrientes de pensamiento sistematizadas por Walter Mead, se hará un breve repaso por cada una de ellas explicando sus características principales, ejemplificándolas y, por último, dando posibles perspectivas a futuro acerca de cuáles tendrán más preponderancia acorde a la situación internacional actual.

Palabras clave: Estados Unidos, Corrientes de pensamiento, Política exterior, Política internacional, Tradición hamiltoniana, Tradición jeffersoniana, Tradición wilsoniana, Tradición jacksoniana.

Abstract: Ideas have played a fundamental role in the formulation of American's foreign policy. They have provided a vision of the world, human nature, the international system, and what strategies

1. Estudiante de Relaciones Internacionales con tesis pendiente para finalizar la carrera. Le interesan los temas de seguridad internacional. A nivel laboral siempre trabajó en el sector privado empresarial.

to take in order to promote American's interest and security. Taking as a basis the American foreign traditions systematized by Walter Mead, a brief review will be made of each one of them, explaining their main characteristics, exemplifying them and finally, giving possible future perspectives on which ones will have more preponderance according to the current international situation

Keywords: United States, Foreign traditions, Foreign policy, International policy, Hamiltonian tradition, Jeffersonian tradition, Wilsonian tradition, Jacksonian tradition.

Introducción

Walter Mead categorizó cuatro corrientes de pensamiento de la política exterior norteamericana, las cuales no se dan de manera absoluta, sino que muchas veces se mezclan, superponen o toman algún aspecto específico una de la otra. Si bien llevan el nombre de distintos presidentes norteamericanos, no se les atribuyen exclusivamente a éstos, ya que los trascienden hasta convertirse en corrientes de pensamiento con un impacto –en mayor o menor medida– que dura hasta la actualidad.

¿Por qué estudiar las tradiciones y las ideas? Según Brendon O'Connor, éstas son “ricas en experiencias históricas” y, además, son el “puente entre los intelectuales y los hacedores de políticas” (O'Connor, 2009, p. 2). Por otro lado, George Packer dice que “las personas son importantes y las ideas son importantes en conexión con las personas”, y Richard Perle sostiene que “las ideas son solo importantes en medida que residen en la mente de las personas que están envueltas directamente en el proceso decisorio” (George Packer y Richard Perle citado en Tovar Ruiz, 2018, pp. 11, 12).

A continuación, se hará un breve repaso de las principales características de cada corriente acorde a lo definido por Walter Mead, sumándole contenido propio y de otros autores. A su vez, se hará especial énfasis en analizar la última de las corrientes, la jacksoniana, a la luz de las tantas similitudes que tuvo con la Administración de Donald Trump. Para finalizar, se buscará dar una respuesta tentativa sobre qué corriente podrá tener mayor relevancia en el futuro

inmediato, comenzando con la nueva Administración de Joe Biden, en base a los desafíos que enfrentan los intereses norteamericanos en el mundo.

La tradición hamiltoniana

Esta tradición de política exterior tuvo su momento de esplendor, según Mead, desde la década del sesenta del siglo XIX, hasta la Gran Crisis de la década del treinta. Se la podría relacionar con el Realismo Político, teoría que plantea que los Estados luchan por el poder de manera egoísta y, al mismo tiempo, es una teoría pesimista acerca de las posibilidades de eliminar la guerra (Walt, 1998). Si bien Mead sostiene que tiene algunas similitudes con el Realismo Continental europeo, principalmente como tradición intelectual, el establecimiento de intereses nacionales y la desconfianza sobre la naturaleza humana, sería un error igualarlos ya que la geografía juega un factor clave a la hora de establecer intereses nacionales y analizar posibles amenazas de seguridad.

Por otro lado, si bien el pensamiento hamiltoniano tiene mayor relación con el Realismo Británico, es decir, no continental europeo, debido a su parcial aislamiento geográfico del continente que le permitió focalizar su pensamiento no únicamente en su seguridad, sino también en intereses comerciales marítimos, tampoco son iguales. Estados Unidos tomó el pragmatismo y siguió el modelo británico, pero fue más allá que éste (Mead, 2002, p. 102); es decir, adaptó el pensamiento realista a su contexto, sus intereses y su geografía específica. Mientras que para los Estados más poderosos de Europa la seguridad se definía en términos de capacidades militares, para el pensamiento hamiltoniano la seguridad estaba determinada por las capacidades económicas y comerciales. El miedo a quedar aislado y no poder comerciar fue una constante de este pensamiento.

Walter Mead establece dos intereses principales de la corriente hamiltoniana, los cuales tienen vigencia hoy en día ya que trascendieron a su corriente de pensamiento original y se convirtieron en un código geopolítico norteamericano por el cual el país podría comportarse de manera muy determinada en términos diplomáticos,

y en caso de fracasar, hacer uso de la fuerza. El primero de ellos es la libertad de los océanos (*freedom of the seas*), la cual incluye la libertad de ciudadanos, bienes y barcos americanos en asuntos comerciales. El segundo es la política de mercados abiertos (*open doors u opening markets*), interés por la cual, según Mead, muchas veces condujo a políticas imperialistas por parte de Estados Unidos, como en Hawái o en el Canal de Panamá. Este interés por mercados abiertos, sin bien siempre estuvo más inclinado a la capacidad de colocar bienes norteamericanos en los distintos países, a nivel de importaciones subyace una política más proteccionista, con especial foco en la seguridad y abastecimiento de materiales estratégicos para los Estados Unidos, como el caucho, petróleo, otras fuentes de energías y materiales raros (Mead, 2002, p. 110).

La tradición wilsoniana

La tradición wilsoniana está relacionada con la Teoría Liberal de las Relaciones Internacionales y si bien toma su nombre de Woodrow Wilson, esta tradición de política exterior nace mucho antes, y en gran parte fue una corriente que emanó desde la sociedad civil norteamericana a través de hombres y mujeres con misiones religiosas, médicas, escolares, y de activismo político en el extranjero que se remontan desde los comienzos del siglo XIX. El impacto de estos grupos civiles en el gobierno norteamericano se dio de varias formas. La primera de ellas, a través de la presión para que el gobierno brinde protección legal a los misioneros para que entren, se establezcan con libertad y se protejan sus intereses en otros países a través de tratados; ej.: China, Japón, Imperio Otomano. En segundo lugar, evitando que el gobierno decida llevar a cabo una acción específica. Mead ejemplifica esto sobre la presión que recibió Wilson para no declarar la guerra al Imperio Otomano debido a las misiones educacionales que se llevaban a cabo, algo que efectivamente se logró. Por último, a través de la búsqueda de la protección de Derechos Humanos en países del tercer mundo (Mead, 2002, p. 148).

El primer principio de la tradición wilsoniana es que las democracias son más confiables y predecibles que las monarquías o las

tiranías. El segundo principio es el deber moral de proteger y apoyar a las democracias en el mundo, en muchos casos a través de una intervención militar. A su vez, hay una relación directa, según la tradición wilsoniana de raíz kantiana, entre las democracias como forma de gobierno y la baja probabilidad de la guerra entre ellas. Por último, la solución de controversias a nivel multilateral en organismos internacionales, como la Sociedad de las Naciones y posteriormente las Naciones Unidas.

La influencia reciente de esta corriente tuvo su cenit durante la Administración de Bush hijo, lo que fue calificado con el nombre de neoconservadores, a los cuales Joseph Nye los describe como una evolución de la tradición wilsoniana, por su fuerte énfasis en la promoción de los valores democráticos en el mundo. Sin embargo, son reacios a las instituciones internacionales y a la delegación de soberanía (Nye, 2004, p. 13).

La tradición jeffersoniana

A diferencia de las corrientes wilsoniana y hamiltoniana, que se las puede concebir como universales a la hora de diseñar la arquitectura internacional, la tradición jeffersoniana, y como veremos más adelante, la jacksoniana, tiene un enfoque dirigido de forma más específica a factores domésticos de los Estados Unidos y son celosos de las características sociales, culturales y políticas de su país. A su vez, los jeffersonianos ven con preocupación y desconfianza la centralización política en el gobierno federal, ya que pone en riesgo las libertades individuales y la calidad democrática de los ciudadanos.

En política exterior, más que oportunidades, ven riesgos que se le presentan a la libertad del país y de sus ciudadanos por las eventuales acciones que pudiera llevar a cabo el gobierno federal, por eso muchas veces se opta por un bajo perfil e incluso se observan ciertas tendencias aislacionistas para evitar a toda costa un conflicto bélico. La única excepción es que esté en riesgo un interés nacional estratégico. Por esto, se busca establecer intereses estrechos y no sobredimensionados para evitar comprometerse en potenciales conflictos internacionales, y, además –con una lógica economicista

y libertaria de la política exterior—, se quiere tener el menor gasto fiscal posible en términos diplomáticos y militares. Debido a sus características propias, la tradición jefferosiniana debió enfrentar el “gran dilema” de asumir los costos de ser el hegemón mundial después de la Segunda Guerra Mundial, cuando ya no había margen para tener una política aislacionista, como se produjo en la primera posguerra, lo que implicó su paulatina decadencia de tradición de política exterior en Estados Unidos.

La influencia de esta corriente, según Mead, se da en toda la historia norteamericana: desde la Doctrina Monroe, la alianza estratégica con Gran Bretaña que le permitió tomar distancia de los acontecimientos europeos continentales, hasta programas de desarme con otros países para evitar una espiral belicista que pudiera derivar en una guerra y, a su vez, requerir mayor esfuerzo impositivo a los ciudadanos.

La tradición jacksoniana

La tradición jacksoniana es la corriente menos elitista y de mayor carácter “popular”, menos intelectual y más arraigada en aspectos culturales, sociales y religiosos de una parte de la población norteamericana. Desconfía de las elites políticas y económicas y se aferra cabalmente a la Constitución norteamericana, sobre todo en lo que concierne a la Segunda Enmienda, la libre portación de armas. Se concentra en factores internos y es reacia a delegar soberanía en tratados u organismos internacionales, tampoco le interesan programas de ayuda o asistencia en otras partes del mundo (Mead, 2002, pp. 225, 226).

Mead habla de ciertos valores muy arraigados al espíritu jacksoniano, los cuales son claves para entender la formulación de la política exterior; estos son: el honor, la confianza en sí mismo, la dignidad, la igualdad, individualismo y el coraje. A su vez, se complementan con un fuerte sentido de identidad colectiva y el orgullo y el deber del servicio militar. Toda política, en primer lugar, debe servir para mejorar las condiciones de la comunidad “*folk community*”, y de la clase media. Por esto mismo, son reluctantes a los tratados de libre comercio o la apertura inmigratoria.

En la política exterior, se podría observar una especie de realismo impregnado con los valores jacksonianos: el honor, reputación y una confianza inmensa en su poder militar. Ven un mundo de características hobbesianas donde prima el pesimismo, la violencia y la anarquía, por lo que, en caso de ser necesario, acciones amorales, violentas y unilaterales están permitidas siempre que los intereses norteamericanos estén en juegos.

Si bien se pueden rastrear ciertos elementos de esta corriente durante la Administración Reagan, la presidencia de Trump fue la expresión más acabada de ella. No solo en términos teóricos se lo podría asociar, sino que Trump mismo, durante el 250 aniversario del nacimiento del Andrew Jackson, el 15 de marzo de 2017, en un acto en Nashville, Tennessee, se identificó con la política y el legado de Jackson: alguien que confrontó en su momento a una “elite arrogante”, y “su victoria sacudió al *establishment* político”, “impuso aranceles a países extranjeros para proteger a los trabajadores estadounidenses”, “Todos debemos recordar las palabras de Jackson: que en ‘el sembrador, el granjero, el mecánico y el trabajador’, encontraremos músculos y huesos de nuestro país”², son sólo algunas de las frases que utilizó para emular al presidente, sus políticas y al electorado al cual se dirigía. A su vez, es notorio el carácter populista en su retórica: un líder *outsider*, un discurso anti-sistema –sobre todo, con respectos a la élites políticas y económicas a las cuales acusa de corruptas, no representativas y poco democráticas–, un mandato plebiscitario y refundacional que alega representar al “pueblo” (Levitsky y Loxton 2011, p. 4, 5).

Trump, en su publicación en *The National Interest*, marcó las debilidades de la política exterior norteamericana: recursos sobre-extendidos, los aliados ya no creen que puedan confiar en Estados Unidos, los rivales que no respetan al país y, por último, que Estados Unidos ya no tiene un claro entendimiento de la política internacional. A su vez, dejó en claro cuál sería el lineamiento de su política exterior: “Mi política exterior siempre pondrá los inte-

2. The White House (15 de marzo de 2017), “Remarks by the President on 250th Anniversary of the Birth of President Andrew Jackson”. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-250th-anniversary-birth-president-andrew-jackson/> (consulta: 1° de diciembre de 2020).

reses del pueblo estadounidense y la seguridad estadounidense por encima de todo. Esa será la base de cada decisión que tomaré. *America First* será el tema principal y predominante de mi administración” y “desarrollar una política exterior basada en los intereses norteamericanos”³.

Según Clarke y Ricketts, Trump eligió una estrategia de reivindicación de los valores jacksonianos, focalizándose en “el honor nacional” y la “reputación”. Según los autores, las tres políticas más acordes a la descripción jacksoniana de Trump son: las presiones sobre los miembros de la OTAN para aumentar su presupuesto en el organismo y poner en duda el Artículo 5° de la Carta, el cual hace referencia a la seguridad colectiva; las acciones militares unilaterales en Siria y Afganistán y, por último, la retirada del Acuerdo de París sobre el cambio climático (Clarke y Ricketts, 2017, p. 373). A esto, se le podría sumar la suba de aranceles por más de 250 mil millones de dólares a China, un aumento considerable del presupuesto militar, retirada del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, retirada del Acuerdo Nuclear de Irán y el grupo de 5+1, retirada de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en medio de la crisis por el COVID-19, retirada de la UNESCO, la renegociación del acuerdo de libre comercio entre Estados Unidos, México y Canadá (NAFTA), con una lógica más mercantilista y proteccionista. Además –a través de una acción que apela directamente a las ansiedades y temores de la tradición jacksoniana de cierto rechazo a lo diferente–, las trabas a la inmigración y deportación de inmigrantes, principalmente de México, Centroamérica y países musulmanes, cancelando los programas para hijos de inmigrantes ilegales que hubieran nacido en Estados Unidos, el Deferred Action for Childhood Arrivals (DACA). Por último, el poco interés –en comparación con las últimas administraciones demócratas o republicanas– con respecto a la promoción de la democracia y los Derechos Humanos⁴. Prueba de esto es su opinión sobre los conflic-

3. Trump, D. (27 de abril de 2016), “Trump on Foreign Policy”, *The National Interest*. Disponible en: <https://nationalinterest.org/print/feature/trump-foreign-policy-15960> (consulta: 1° de diciembre de 2020).

4. Elanger, S. (3 de febrero de 2018), “Trump Wants to Aid Only ‘America’s Friends’ If Only It Were That Easy”, *The New York Times*. Disponible en: <https://>

tos de Medio Oriente, al que ve como resultado de “la idea peligrosa de que podríamos hacer democracias occidentales de países que no tenían experiencia o interés en convertirse en una democracia” (Kupchan, 2018, p. 3).

En suma, las acciones, la retórica y la estrategia utilizada por Donald Trump durante su Administración pueden enmarcarse dentro de la tradición jacksoniana de manera clara y acabada. El fenómeno de descontento social y político con las elites liberales que gobernaron el país por tanto tiempo Estados Unidos (De Santibañes, 2019) está representado en gran parte por la tradición jacksoniana.

Perspectivas a futuro

En la búsqueda de dar una respuesta tentativa acerca de qué corriente de pensamiento podrá tener mayor o menor relevancia en el futuro inmediato que comenzará con la Administración de Joe Biden el próximo 20 de enero de 2021, se debe tener en cuenta que estas corrientes no se plasman de manera absoluta (aunque en el caso de Trump y la tradición jacksoniana su cercanía es mayor a la media histórica) y, que a su vez, pese a que las fuerzas estructurales determinan la distribución de poder a nivel global, el análisis que se desarrollará será centrado principalmente en tres regiones de manera particular: América Latina, Europa y Asia. Esto permitirá tener un estudio más detallado, y así, se evitará que las generalidades de cada corriente impidan un análisis más rico que considere las características específicas de cada región. Por último, se deberá tener en cuenta que, en la investigación de las tres regiones, se considerará un actor fundamental que hoy en día pareciera ser el único apto para desarrollar capacidades para disputar la hegemonía con Estados Unidos: la República Popular de China (Layne, 2008).

América Latina

Dos objetivos históricos y permanentes han marcado la política exterior norteamericana hacia la región: el primero de ellos, la exclusión de cualquier potencia extranjera que pudiera ejercer influencia económica, ideológica, control o violación de la independencia de los países latinoamericanos (recolonización europea, movimientos monárquicos, fascismo y comunismo); y, en segundo lugar, la estabilidad que genere mayor paz, seguridad y prosperidad en la región (Atkins, 1999, p. 109). En base a estos dos intereses nacionales, administraciones demócratas y republicanas llevaron a cabo distintas estrategias para materializar sus objetivos: la Doctrina Monroe, el Panamericanismo, la política del “*Big Stick*”, la política de la Buena Vecindad, la Alianza para el Progreso de Kennedy, el “Nuevo Diálogo” de Nixon, la política de Derechos Humanos de Carter y el visto bueno a gobiernos militares por parte de Reagan, sólo por mencionar algunos (Atkins, 1999; Pastor, 1995).

Pese a que Estados Unidos es la hegemonía indiscutida de toda América (Mearsheimer, 2001, p. 41), en los últimos años su nivel de influencia se ha reducido; es lo que Russell menciona como la “teoría de la declinación hegemónica” entre la potencia y su área de influencia, que, si bien comenzó en la década del setenta, la tendencia se profundizó especialmente después de los atentados del 11 de septiembre y la “guerra al terrorismo” de Bush, que focalizó toda su atención a Oriente Medio, principalmente Irak y Afganistán (Russell, 2006). Estos espacios abandonados por Estados Unidos, en muchas ocasiones, fueron llenados por inversiones, préstamos y asistencia China. Sin embargo, esta política comercial del país asiático nunca jugó en contra de los intereses norteamericanos en la región; China aumentó su vínculo con los países donde menor influencia ejercía Estados Unidos, principalmente de América del Sur (Urdinez, Mouron, Schenoni y Oliveira, 2016).

Si bien para algunos autores la irrelevancia de América Latina en la política internacional induce a que sea menos probable un conflicto por la influencia de China (Malamud y Schenoni, 2020; Piccone; 2016, p. 20), e incluso se pueda hablar de un “modus vivendi” pacífico entre ambas potencias (Piccone, 2016, p. 2), en los últimos años, desde la llegada de Trump a la presidencia, la pre-

sión de Washington para detener la influencia de Pekín ha aumentado considerablemente. Esto se ve reflejado en el plan “América Crece” para contrarrestar “La Nueva Ruta de la Seda” de China; la postulación y efectiva presidencia de Mauricio Claver Carone al Banco Interamericano de Desarrollo, rompiendo así la histórica tradición de que la jefatura sea ocupada por un latinoamericano y, por último, las declaraciones de John Bolton sobre la Doctrina Monroe: “*Today, we proudly proclaim for all to hear: the Monroe Doctrine is alive and well*”⁵. Según Patricio Giusto, son cuatro las zonas conflictivas de cooperación entre China y América Latina que preocupan a Estados Unidos: defensa y seguridad, cooperación espacial, energía nuclear y tecnología 5G⁶.

En base a ese panorama, ¿qué podemos esperar de la política exterior norteamericana para con América Latina? En mi visión, son dos las tradiciones que podrían influir en el accionar de Washington: wilsoniana y hamiltoniana. La primera de ellas, relacionada a la promoción de la democracia, pero con un objetivo que subyace: impedir mayor influencia extranjera, principalmente rusa y china, en países como Venezuela, Nicaragua y Cuba, por lo que la agenda sobre democracia y los Derechos Humanos serán los principales argumentos que utilizará Estados Unidos para presionar a esos países. La segunda, relacionada a lo económico y comercial, para impedir un aumento de la influencia china en la región. Según las estimaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), la región latinoamericana será la más afectada del mundo en términos económicos⁷. Para una región con fuertes desigualdades sociales, Estados con capacidades deficitarias para llevar a cabo políticas públicas

5. Richardson, D. (17 de abril de 2019), “John Bolton Reaffirms America’s Commitment to Monroe Doctrine With New Sanctions”. Disponible en: <https://observer.com/2019/04/john-bolton-monroe-doctrine-sanctions-venezuela-nicaragua-cuba/> (consulta: 2 de diciembre de 2020).

6. Giusto, P. (16 de noviembre de 2020), “Latin America, the new battlefield of China-US competition”, *Asia Power Watch*. Disponible en: <https://asiapowerwatch.com/latin-america-the-new-battlefield-of-china-us-competition/> (consulta: 2 de diciembre de 2020).

7. “El FMI modera sus previsiones para el PIB de América Latina, con una contracción del 8,1 % (13 de octubre de 2020)”, *Europa Press*. Disponible en: <https://www.europapress.es/economia/macroeconomia-00338/noticia-fmi-mode->

efectivas, desequilibrios macroeconómicos, mucha pobreza estructural y malos resultados en el manejo de la pandemia, la necesidad de contar con disponibilidad de vacunas, fondos líquidos a bajas tasas y planes de inversión a partir del año 2021 serán lo que motorizará las políticas exteriores de cada país para paliar los efectos de la pandemia. Si Estados Unidos quiere cumplir con sus objetivos principales previamente mencionados (no injerencia extranjera y estabilidad), será necesario una política comercial, de inversiones y de asistencia financiera y sanitaria. En primer lugar, para que este lugar no sea tomado por China, y, en segundo lugar, para evitar futuras olas de desestabilizaciones y mayor incertidumbre institucional en una región que en los últimos años ha experimentado mucha inestabilidad a nivel político y económico.

Europa

En la política exterior de Estados Unidos hacia Europa habrá un resurgimiento de los ideales wilsonianos, no en términos de promoción de democracia, ya que en mayor o en menor medida, los países con peso gravitacional propio de Europa (Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y España) son democracias consolidadas, sino por apelar nuevamente a la noción de multilateralismo y de discusión de asuntos de gobernanza internacional en los organismos internacionales y no a través de medidas unilaterales. Cambio climático, solución a la distribución global de las distintas vacunas para el COVID-19, terrorismo y protocolos para palear potenciales pandemias podrían ser los principales temas de la agenda de la política exterior norteamericana. A su vez, de haber una estrategia de contrabalanceo de China, es posible una diplomacia más activa junto a Europa como aliada en lo que concierne a políticas comerciales, reclamos por violación de Derechos Humanos y tecnología 5G. Con una lógica realista, Estados Unidos tendría que acercarse también a Rusia e incluirla en esta alianza diplomática; sin embargo, los indicios de la política exterior de Biden hacia Moscú siguen con una

óptica más idealista y es improbable que eso suceda (Biden, 2020, p. 73).

En temas más sensibles como pueden ser los relacionados a la defensa, hay distintas situaciones. Con respecto a la OTAN, la Administración Biden no la tratará de “obsoleta”, sin embargo, ciertas tendencias con la administración anterior podrían continuar. Una de ellas es la presión para que los países miembros aumenten sus presupuestos y así reducir la carga financiera que implica para Estados Unidos (Biden, 2020, p. 73). Por otro lado, si la competencia entre Estados Unidos y China se acentúa con el devenir del tiempo, es probable que haya una redirección de recursos, lo que implica menos tropas en suelo europeo, ya que no hay país que hoy en día pueda dominar la región y consolidar su hegemonía (Mearsheimer & Walt, 2016, p. 82).

Asia

La gran estrategia norteamericana, es decir, una política de Estado que trasciende a los partidos políticos y que se proyecta al mediano y largo plazo, estará focalizada en China, que es “la principal amenaza estratégica que enfrenta Estados Unidos”⁸. Lo que primará en este continente es una visión más jeffersionana, es decir, se buscarán establecer intereses más estrechos, menos sobredimensionados y, por ende, con mayor margen en términos políticos, económicos y militares para diseñar las políticas. A su vez, para aumentar la influencia norteamericana en términos económicos –o por lo menos, disminuir la china–, también habrá un enfoque hamiltoniano, relacionado a mayores acuerdos comerciales y firma de tratados comerciales, como podría ser volver al Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, forzar cambios en la Organización Mundial de Comercio (OMC) o buscar condicionar el recientemente anunciado *Regional Comprehensive*

8. De Santibañes, F. (28 de noviembre de 2020), “La gran estrategia de Estados Unidos”, *Perfil*. Disponible en: <https://www.infobae.com/opinion/2020/11/28/la-gran-estrategia-de-estados-unidos/> (consulta: 2 de diciembre de 2020).

Economic Partnership (RCEP). Si bien en el corto plazo puede que esto no suceda⁹ por cuestiones domésticas, en el futuro más lejano, es posible que las cuestiones estratégicas internacionales terminen primando por sobre las locales. Por último, teniendo en cuenta que Asia es el continente con los escenarios potencialmente más conflictivos del globo, no hay que descartar una vuelta de la tradición jacksoniana en caso de que los conflictos escalen en términos políticos o militares. Como menciona Mead, “Estados Unidos no puede tener una gran guerra internacional sin el apoyo del jacksonianismo [...] cuando el sentimiento jacksoniano favorece un determinado curso de acción, Estados Unidos se mueve muy lejos y muy rápido” (Mead, 2002, p. 260). La gran ausente en esta región será la tradición wilsoniana, ya que cuando hay intereses vitales en juego, como es el surgimiento de un hegemon en una región que busque alterar el *statu quo*, no habrá margen para promover gobiernos democráticos ni tampoco para llevar a cabo una estrategia de hegemonía liberal con intervenciones militares que solo produzcan efectos contrarios a los deseados, como en el caso de Irak y Afganistán (Mearsheimer & Walt, 2016).

En Oriente Medio, la mayor amenaza regional es Irán. Tres son los conflictos que presenta. En primer lugar, su programa de enriquecimiento de uranio, que se acentuó con la salida del Tratado Nuclear por parte de Estados Unidos¹⁰, y el aumento de las sanciones económicas en la Administración Trump. En segundo lugar, su plan misilístico de largo alcance y, finalmente, la financiación de grupos políticos subestatales como Hezbollah, acusados de perpetrar actos terroristas. Qué se podrá esperar de Oriente Medio nunca es fácil de predecir. Mearsheimer & Walt explican que al no haber ningún país con capacidad para dominar la región, no se le debe dar mayor dimensión de lo que merece. Siria debe ser aceptada como

9. Friedman, T. (2 de diciembre de 2020), “Biden Made Sure ‘Trump Is Not Going To Be President For Four More Years’”, *New York Times*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/12/02/opinion/biden-interview-mcconnell-china-iran.html> (consulta: 2 de diciembre de 2020).

10. “Iran’s enriched uranium stockpile 12 times limit, says IAEA” (12 de noviembre de 2020), *BBC News*. Disponible en: <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-54912402> (consulta: 2 de diciembre de 2020).

zona de influencia rusa y, con Irán, lo más apropiado sería un acercamiento para evitar que siga acelerando su plan nuclear y que haya un vínculo estratégico entre Pekín y Teherán (Mearsheimer & Walt, 2016, p. 82).

¿Qué estrategia se podrá observar con respecto a China? Layne (2008) menciona dos tipos de estrategias. La primera es el *engagement*, estrategia que utilizó históricamente Estados Unidos para incorporar a China al comercio, finanzas y gobernanza internacional, con la esperanza de que esto eventualmente derive en una apertura liberal y democrática. El sustento teórico de esta estrategia está en la tradición wilsoniana y la Teoría de la paz democrática. La segunda es el *containment*, es decir, una política de contención que apunte a las ganancias relativas en términos políticos, económicos y militares y que, a su vez, tenga una visión más realista que idealista con respecto a la paz democrática (Rosato, 2015). Como la primera estrategia no obtuvo resultados positivos ya que China creció a tasas más altas y aumentó su poder relativo vis a vis con Estados Unidos (De Santibañes, 2019, p. 109) y, a su vez, no hubo ningún tipo de apertura democrática, es probable que en el futuro veamos una estrategia de contención de Washington hacia Pekín. Este último, antes de poder competir por la hegemonía mundial, debe consolidar su zona de influencia regional y modificar el *statu quo* en asuntos en los que Estados Unidos está muy interesado en que no se modifiquen (Hong Kong, Taiwán, Mar de China Meridional y del Sur, etc.), lo que Mearsheimer llama como la “Doctrina Monroe China” para expulsar a Estados Unidos del Asia-Pacífico (Mearsheimer, 2010, p. 388). Si efectivamente Washington encara una postura jeffersoniana en relación a una postura realista y de intereses estrechos para evitar la sobredimensión, es posible que la contención se dé a través del *offshore balancing* o el balance de poder (Mearsheimer & Walt, 2016; Rosato & Schuessler, 2011). Esta estrategia tiene como objetivo evitar el surgimiento de un actor que pueda dominar en una región y, a su vez, que todos los países interesados en evitarlo tengan parte de la carga o responsabilidad en contrabalancear y no sea Estados Unidos el único en hacerlo, evitando, así, desgaste y esfuerzo político, militar y económico. Los actores que mayor interés tienen en que China no logre dominar la región son Japón, India, Corea del Sur y eventualmente Rusia (pese

a ser hoy en día aliada), por lo que Estados Unidos debería transferir gran parte de esta responsabilidad a éstos y ayudarlos a través de asistencia económica o militar, sin una intervención directa para que los intereses nacionales no se vean afectados. No es una estrategia aislacionista, sino que busca posponer y evitar a toda costa el desgaste norteamericano, y de ser necesario, intervenir. Esto le permitiría a Estados Unidos concentrarse en factores domésticos, por ejemplo, su economía, educación, control sanitario, etc.

Con respecto a la agenda económica, es probable que Estados Unidos mantenga el progresivo desacople con la economía china, intente mejorar su balanza comercial y en lugar de buscar libre comercio, busque un comercio administrado mirando las ganancias relativas. Los temas de tecnología como el 5G, el robo de propiedad intelectual, dumping, subsidios ilegales y transferencia de tecnología serán los más importantes¹¹ y Estados Unidos buscará alianzas con la Unión Europea, Gran Bretaña y otros países de peso relevante en Asia para presionar a China de manera directa, o de manera indirecta a través de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

Conclusión

Estados Unidos enfrenta grandes desafíos en política exterior en el corto y mediano plazo: el ascenso de China, distribución de vacunas a nivel local e internacional, cambio climático, la recuperación económica mundial y el establecimiento de protocolos mundiales para evitar nuevas pandemias. Ninguno de estos temas podrá encararlos de manera unilateral. No habrá una sola corriente de pensamiento que marque los tiempos por venir, será algo ecléctico y regionalizado. A nivel general, habrá un resurgimiento de la tradición wilsoniana, principalmente en Europa y en América Latina, donde no existen riesgos existenciales y un nuevo acercamiento a través de estos ideales es necesario para mejorar el *soft power* nor-

11. Friedman, T. (2 de diciembre de 2020), “Biden Made Sure ‘Trump Is Not Going To Be President For Four More Years’”, *New York Times*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/12/02/opinion/biden-interview-mcconnell-china-iran.html> (consulta: 3 de diciembre de 2020).

teamericano (Nye, 2004). En Asia, primará una posición realista tomada de la tradición jeffersoniana y jacksoniana, pero es probable que la primera pondere más que la segunda. El futuro del orden mundial dependerá, a nivel general, por lo que suceda en Asia y, en particular, por la dinámica que se dé entre Estados Unidos y China. Un análisis retrospectivo nos dice que la guerra no solo es posible, sino que es probable (Allison, 2015), pero no se debe caer en falsos determinismos, ya que el futuro siempre es incierto. Dependerá de cómo será el ascenso de Pekín (pacífico o violento) y si Washington acepta que ésta tenga su zona de influencia, volviendo a la dinámica de la Guerra Fría, o lo evitará a toda costa y disputarán, así, los aspectos que menciona Kissinger (2016) que debe tener un orden internacional: fuerza y legitimidad.

Referencias

- Allison, G., *The Thucydides Trap: Are the U.S and China Headed for War?*, The Atlantic, 2015.
- Atkins, G. P., *Latin America in the International Political System*, Westview Press, 1999.
- Biden, J., “Why America Must Lead Again”, *Foreign Affairs*, 2020, pp. 64-76. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-01-23/why-america-must-lead-again> (consulta: 25 de noviembre de 2020).
- Clarke, M. & Ricketts, A., “Donald Trump and American foreign policy: The return of the Jacksonian tradition”, *Comparative Strategy*, 36 (4), 2017, pp. 366-379. Disponible en: <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/01495933.2017.1361210> (consulta: 20 de noviembre de 2020).
- De Santibañes, *La Rebelión de las Naciones*, Vértice de Ideas, 2019.
- Kissinger, H., *Orden Mundial*, Debate, 2016.
- Kupchan, C., “The Clash of Exceptionalisms”, *Foreign Affairs*, 2018.
- Layne, C., “China’s Challenge to US Hegemony”, *Current History* 107 (705), 2008, pp. 13-18. Disponible en: <http://acme.highpoint.edu/~msetzler/IR/IRreadingsbank/chinauscontain.ch08.6.pdf> (consulta: 30 de noviembre de 2020).
- Levitsky, S. & Loxton, J., “Populism and Competitive Authoritarianism in the Andes”, *Democratization*, Vol. 20 N° 1, 2013. Disponible en:

- <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13510347.2013.738864> (consulta: 30 de noviembre de 2020).
- Malamud, A.; Schenoni, L., “Latin America Is Off the Global Stage and That’s Ok”, *Foreign Policy*, 2020. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2020/09/10/latin-america-global-stage-imperialism-geopolitics/> (consulta: 4 de noviembre de 2020).
- Mead, W., *Special Providence*, Routledge, 2002.
- Mearsheimer, J. J., *Anarchy and the struggle for power. In: The tragedy of great power politics*, New York and London, W. W. Norton & Company, 2001. Disponible en: <https://samuelbhfauredotcom.files.wordpress.com/2015/10/s2-mearsheimer-2001.pdf> (consulta: 22 de noviembre de 2020).
- Mearsheimer, J., “The Gathering Storm: China’s Challenge to US Power in Asia”, *The Chinese Journal of International Politics*, Vol. 3, 2010, pp. 381-396. Disponible en: <https://doi.org/10.1093/cjip/poq016> (consulta: 15 de noviembre de 2020).
- Mearsheimer, J., “Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order”, *International Security*, Vol. 43, No. 4, 2019, pp. 7-50. Disponible en: <https://www.belfercenter.org/publication/bound-fail-rise-and-fall-liberal-international-order> (consulta: 17 de noviembre de 2020).
- Mearsheimer, J.; Walt, S., “The Case for Offshore Balancing: A Superior U.S. Grand Strategy”, *Foreign Affairs* 95 (4), 2016, pp. 70-83. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-06-13/case-offshore-balancing> (consulta: 18 de noviembre de 2020).
- Nye, J., “Soft Power and American Foreign Policy”, *Political Science Quarterly*, 2004, pp. 255-270. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/20202345?seq=1> (Consulta: 18 de noviembre de 2020).
- O’Connor, B., “American Foreign Traditions: A Literature Review”, *US Studies Working Paper*, University of Sidney, 2009, pp. 1-16. Disponible en: <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.645.1851&rep=rep1&type=pdf> (consulta: 18 de noviembre de 2020).
- Pastor, R., *El Remolino. La Política Exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe*, Siglo XXI, 1995.
- Piccone, T., “The Geopolitics of China’s Rise in Latin America”, *Geoeconomics and Global Issues*, Paper N° 2, *Foreign Policy at Brookings*, 2016. Disponible en: https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/11/the-geopolitics-of-chinas-rise-in-latin-america_ted-piccone.pdf (consulta: 19 de noviembre de 2020).

- Rosato, S., “Why the United States and China Are on a Collision Course”, *Policy Brief, Belfer Center for Science and International Affairs*, Harvard Kennedy School, 2015. Disponible en: <https://www.belfercenter.org/publication/why-united-states-and-china-are-collision-course> (consulta: 19 de noviembre de 2020).
- Rosato, S.; Schuessler, J., “A Realist Foreign Policy for the United States”, *American Political Science Association* 9 (4), 2011, pp. 803-819.
- Ruiz Tovar, J., “Las ideologías de la política exterior estadounidense en la posguerra fría y su influencia en las administraciones de Obama y Trump”, *Revista UNISCI / UNISCI Journal*, N° 48, 2018, pp. 9-32. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6829266> (consulta: 22 de noviembre de 2020).
- Russell, R., “América Latina para Estados Unidos: ¿especial, desdeñable, codiciada o perdida?”, *Nueva Sociedad*, N° 206. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2382352>, 2006 (consulta: 20 de noviembre de 2020).
- Urdinez, F.; Mouron, F.; Schenoni, L.; De Oliveira, A., “Chinese Economic Statecraft and U.S. Hegemony in Latin America: An Empirical Analysis, 2003-2014”, *Harvard Dataverse*, V. 1, 2017. Disponible en: <https://doi.org/10.1111/laps.12000> (consulta: 3 de diciembre de 2020).
- Walt, S., “One World Many Theories”, *Foreign Policy*, N° 110, 1998. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/1149275?seq=1> (consulta: 30 de septiembre de 2020).